

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

SOLIDARIDAD

Después de votar un pacto de resistencia, unos obreros de Barcelona se han dejado grabar en la mano derecha el sello de la sociedad á que pertenecen. Esta señal es como los distintivos en la guerra. Necesitan conocerse los comprometidos á una lucha, y además, en garantía de su lealtad, ponen una prenda que publique la traición.

El caso ha surgido á *El Imparcial* una protesta elocuentísima: lo considera un atentado á la dignidad humana, un ejemplo de humillación y de esclavitud. Un alto ejemplo, noble y loable, verá en ese incidente quien lo mire sin prejuicios.

La disciplina es abnegación, y sólo son capaces de abnegación las almas libres, las voluntades enteras. Las malas voluntades no se emancipan del egoísmo. Ser independiente, desligarse de los demás, eso es obra del instinto; para eso no se requiere de la virtud que aquí la voluntad; pero sentir como propia la causa de todos, entregarle alma y cuerpo borrando el yo, es el ejercicio más hermoso de la libertad, la libertad verdadera, la que redime del miedo y del egoísmo, la que vence de las pasiones.

Peca de lo contrario la sociedad española, distribuida en rediles de inconscientes y de sometidos. Las inteligencias alquiladas, ó rendidas á la preocupación, al *dejar hacer*, al *qué me importa*; el Parlamento, en grupos con amos; los pueblos, bajo el caciquismo... ¿Por voluntad? No, sin voluntad para el bien, sin disciplina para el ideal; es decir, sin la verdadera voluntad, sin la libertad verdadera. Todo el mundo esclavo por serlo cada cual de su egoísmo.

Se viene alabando en la campaña obrera el espíritu de sensatez que la inspira generalmente, ya disciplina austera de sus movimientos; y se alaba con razón. ¿En quiénes tan meritoria esa conducta sino en los menos llamados á lucirla, en los que más fácilmente han podido sucumbir al medio social? Nos guardaremos de hacer ni decir cosa alguna que oscurezca ó borre una gran enseñanza que los de abajo dan á los de arriba. Lo que han hecho los obreros de Barcelona se llama solidaridad: una virtud que no siente la mayoría de los españoles.

PARRAFOS

En todas las naciones, está hoy una gran parte de la tierra en manos de propietarios que no la cultivan y tendrían hasta á mengua cultivarla. Sin el trabajo del hombre, la tierra es un valor muerto: la dan esos propietarios á labradores expertos para que la hagan productiva.

Recíbela de ordinario el labrador á título de arrendamiento; y si bien hace suyos los frutos, es bajo la condición de pagar anualmente al propietario una cantidad alzada, que reduce no poco sus beneficios. Ha de satisfacer el arrendatario esa cantidad, que sea buena, que sea mala la cosecha, y sólo queda por nuestras leyes libre de entregarla cuando calamidades extraordinarias, tales como guerras, avenidas, granizo, le destruyan por completo sus frutos. En cambio, si por un favor especial de la naturaleza viniere algún año á recoger una cosecha doble de la ordinaria, debería doblar la renta.

El labrador es aquí el que trabaja, el que convierte la tierra de valor muerto en valor vivo, é impide que degenera de valor vivo en valor muerto: suyo es todo el afán, y no, sin embargo, suyo todo el provecho. ¿Qué digo? De ese provecho, lo más es para el propietario; para el colono lo menos. Para él es casi siempre eventual; para el propietario casi siempre cierto. ¿Dónde está aquí la reciprocidad? ¿dónde la justicia?

El colono, mero poseedor natural y temporal de la tierra, no basta que pague la renta; es preciso que cuide la finca, como un diligente padre de familia, que no la deje caer en deterioro, que reponga la cepa que muere y el árbol que abate el viento, que abone el campo, que haga continuos gastos. El propietario, en cambio, no está obligado sino á reparar los daños que no haya podido evitar el colono é impedir el uso de la finca arrendada. ¿Hay aquí tampoco la reciprocidad debida?

Funda el propietario su derecho en el dominio

que sobre la tierra tiene. Mas ese dominio, para ser *justo*, debe tener una causa justa. ¿Cuál es esa causa? Conviénesse hoy casi generalmente en que es el trabajo. Tierras yermas que á nadie pertenecían, se dice, han sido un día descuajadas por hombres activos que las redujeron á cultivo. Han creado esos hombres un verdadero valor, y las han hecho suyas.—Pasemos en hora buena por que la tierra haya podido ser en algún tiempo *res vere nullius*, y por que dar valor á las cosas bastó para hacerlas propias, aun tratándose de las que, como la tierra, son de absoluta necesidad para la especie humana. ¿Cómo el trabajo de uno, de diez, de veinte, de treinta años, ha bastado para transferir á unos hombres el dominio de la tierra, y no basta hoy el de siglos para transferirla á una familia de colonos? ¿Cómo si la tierra no es valor, sino mientras se la continúa trabajando, hombres que han dejado de trabajarla ya, siguen siendo sus dueños?

Aquí el colono trabaja y paga; y es obvio que si el trabajo es causa de la propiedad, eso que paga no puede ser sino el precio de las labores hechas anteriormente. Ese trabajo constituye un valor *definido*; ¿cómo se concibe que el colono no sólo no llegue nunca á hacer suya la tierra que labra, sino también que haya de pagar *indefinitamente*, por los siglos de los siglos, una renta al propietario? ¿Es esto reciprocidad? ¿es esto justicia?

F. PI Y MARGALL

DON CARLOS

El rey se divierte.

La corte está de fiesta. Las tropas carlistas han obtenido un gran triunfo sobre las tropas liberales. La lucha ha sido espantosa. ¡Miles de muertos por una y otra parte! Pero por fin han resultado vencedores los soldados del rey legítimo...

La corte está de fiesta. A las seis suena la diana y paisanos y militares se echan á la calle. El rey duerme, descansa; es algo perezoso y no suele abandonar el lecho hasta bien dadas las doce.

El pueblo, impaciente, se dirige á Palacio. Se oyen gritos de: ¡viva Carlos VII! ¡Viva el rey absoluto!

Las campanas de las iglesias repican fuerte en señal de júbilo. Se disparan cohetes... La música toca en la plaza. Comienza el baile... El rey duerme...

A la una en punto se presenta Don Carlos á la puerta de Palacio, vestido de gran uniforme, el pecho cubierto de cruces, la mano en el pomo de la espada, la boina sobre los ojos, altivo, arrogante, un tanto presuntuoso.

Las mujeres cuchichean al verle. Alguna se ruboriza... Los hombres tiran su boina al aire y gritan como energúmenos: ¡Viva Dios, viva el rey!

S. M. va á oír misa en compañía de su estado mayor y de los altos dignatarios de la corte.

El pueblo le sigue hasta la iglesia, aclamándolo con entusiasmo.

Don Carlos sonríe satisfecho y se acaricia la barba.

Todos sus vasallos llevan la boina en la mano. Sólo él va cubierto. La tarde está horriblemente fría. Se oyen estornudos y toses en la comitiva.

Y Don Carlos continúa sonriéndose.

Ya se ha celebrado el santo sacrificio de la misa, ya ha dado gracias á Dios el rey por el triunfo que han logrado las armas carlistas.

Las campanas vuelven á tocar alegremente en señal de júbilo; la música de la plaza «dispara» la marcha real; el pueblo grita alborozado...

Ya está S. M. ocupando el balcón central de Palacio... Delante de él desfilan en pelotones los prisioneros á quienes llevan á fusilar. Los hay de todas las edades y de todos los tipos; jóvenes y viejos, morenos y rubios... Hay algunos que lloran, otros que rien, otros que rezan, otros que blasfeman... Da miedo y compasión el verlos.

La plebe, indignada, los insulta:

—¡Cochinos! ¡Liberales! ¡Hijos de...! ¡Cobar-

des!

Los prisioneros hacen rabiosos esfuerzos por romper las ligaduras que sujetan sus brazos.

—¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Miserables! ¡Hijos de cura!

Los soldados que los conducen les hacen andar

á culatazos. Ahora no se oyen más que rugidos de dolor y horribles blasfemias.

La plebe les grita como despedida:

—¡Viva Carlos VII!

Los prisioneros les contestan:

—¡Viva la República! ¡Muera Don Carlos!

El rey, distraído, no parece tomar parte en el espectáculo y conversa con sus cortesanos, sonriéndose...

Las campanas siguen repicando fuerte y la música de la plaza «disparando» la marcha real...

Después se oye, algo lejano, ruido de fusilería. Es que están «acabando» con los prisioneros. Y deben ser muchos porque los disparos suenan y suenan sin cesar... Diez... quince minutos... Continúa el espantoso tiroteo...

Pero el rey ha dado permiso al pueblo para que baile delante del Palacio, y mozos y mozas se entregan á las voluptuosidades de la danza.

Sigue el ruido de la fusilería, mas Don Carlos no lo oye, distraído con la conversación de sus palaciegos.

De pronto, el rey, que parecía prestar sólo atención á las personas que le rodeaban, hace señas á una de las mujeres que se hallan bailando en la plaza para que suba á Palacio.

Es toda una real moza la mujer elegida por Su Majestad. Alta, gruesa, la tez lechosa, muy rubia, con tamaños ojos negros, la boca roja...

El rey desaparece del balcón. La música sigue tocando y sigue la danza...

La mujer á quien Don Carlos se ha dignado llamar, es hija de un veterano carlista que sirvió á las órdenes de Zumalacárregui, y que ahora, con el grado de capitán, sirve á las órdenes de Cabrera.

Hace pocos días que se ha casado, tiene diez y ocho años y es la mujer más hermosa de toda Navarra. ¡Bien se conoce que el rey sabe elegir!

Pasada una hora, Don Carlos vuelve á aparecer en el balcón y la mujer en la plaza. Don Carlos está bastante pálido y la mujer muy encarnada.

Siguen sonando los disparos, sigue la horrible carnicería...

Pero la corte está de fiesta, y repican las campanas de las iglesias en señal de júbilo y se disparan cohetes y toca la música y el pueblo baila y Don Carlos sonríe satisfecho.

La corte está de fiesta.

MIGUEL SAAVA

Soledades.

(A una paloma mensajera.)

Dígame usted al vicario que se equivoca más veces que el tío del calendario.

Suplique usted á Pidal que no nos dé más *encierros* de música celestial.

Pídale usted á Sagasta que se vaya por el foro, que ya con lo visto basta.

Pregunte usted á Romero si es liberal, ó carlista, ó fraile ó tamborilero.

Diga usted á Segismundo que lo que él ha dicho es lo que dice todo el mundo.

Pregunte usted á Valeriano lo que harán los militares si no se casan temprano.

Ruegue usted á la Nación que la tengan sin cuidado el ama y el biberón.

Dígame usted si es decente seguir tomándole el pelo al país contribuyente.

Pregunte usted á Mencheta si esto puede continuar ó lo va á llevar *Pateta*.

Pregunte usted á Colón por qué nos cuesta millones una escuadra de cartón.

Diga usted al señor de Grilo que le hace falta una *ele*, y eso me tiene intranquilo.

Diga usted á Villaverde que la que no le haga caso no sabe lo que se pierde.

Dé usted muchas expresiones á don Tancredo, á don Lucas (1) y á varias instituciones.

STONO

(1) Gómez, por supuesto.

NO HAY CRISIS

No, no hay crisis; no hay razón para que la haya. Vivimos en el mejor de los mundos posibles. España — salvo la opinión de lord Salisbury — es una nación privilegiada, que goza de bienestar y riqueza y de toda suerte de prosperidades y dichas. Somos un país modelo, digno de imitación. En Europa se nos admira y se nos respeta y se nos teme. Estamos á la misma altura, á la misma gran altura que Marruecos. ¡Y á quién debemos tanto esplendor? Pues, en primer término, á la monarquía, y después á Sagasta, y después á Silveira. ¿Cómo vamos, pues, á prescindir de los servicios de estos dos grandes hombres? Sería una insensatez y una ingratitud indigna de un pueblo noble como lo es el español.

Puede, pues, el baile continuar. Aquí no ha pasado nada; no pasa nada de extraordinario. El país está tranquilo y satisfecho. ¡Nos gusta mucho que nos den con la badila en los nudillos!

Pidamos, pues, á Dios que no se vaya Sagasta, ó si se va, que le substituya Silveira. Esos dos hombres providenciales son los únicos que pueden «continuar la historia de España».

Hasta que nos conquiste Inglaterra.

Que al paso que vamos...

LAS VIRGENES LOCAS

«Mi adorado Raimundín: ¡Estoy desolada, como Valle Inclán en *La comida de las fieras*! ¡Tantos días sin verte! ¡Qué te importa á tí Urzáiz, ni su proyecto limitando la circulación fiduciaria! Para tí, falderillo mío, no debe haber otra ocupación que la de amarme. ¡Le tengo un odio al ministro de Hacienda!... Ven á verme en seguida.

¡Tengo más ganas que me hagas cosquillas con tu bigotazo!... Mira que te espero con mucha impaciencia. Ven... ven... ven...—Tuya toda, Susana.»

«Mi queridísimo ministro: Bueno que tu compañero el de Hacienda haya limitado la circulación fiduciaria; pero esa no es razón para que no me pagues la cuenta de la modista. Si no tienes billetes, ya sabes que yo hago también cobros en oro lo mismo que las Aduanas. La cuenta importa sólo 3.000 pesetas. Mándamela en seguida. Ó ven tú á traerme, que será mejor. Te esperaré con los brazos abiertos. Y te recibiré en mi tocador. Tres mil pesetas, no te se olvide. —Tuya todo el tiempo que quieras, Mimi.»

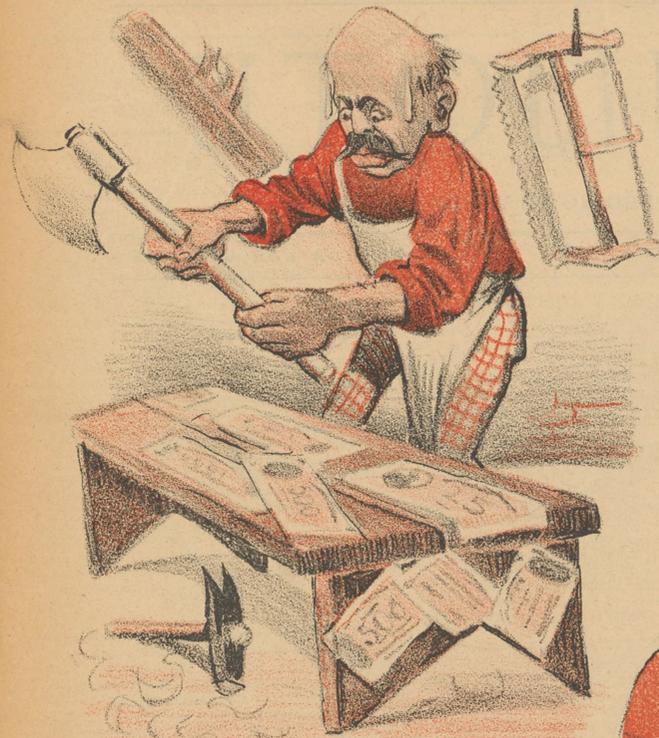
«Muy señor mío: Soy parte integrante de un consejero del Banco. Y tengo dos lunares. El proyecto de usted me parte por la mitad. *Ese*, amén naza con rebajarme la pensión.

«Si usted quisiera modificar su proyecto en obsequio á esta su servidora!... Ya sabe usted: tengo dos lunares. Suya... y del otro, *Conchita*.»

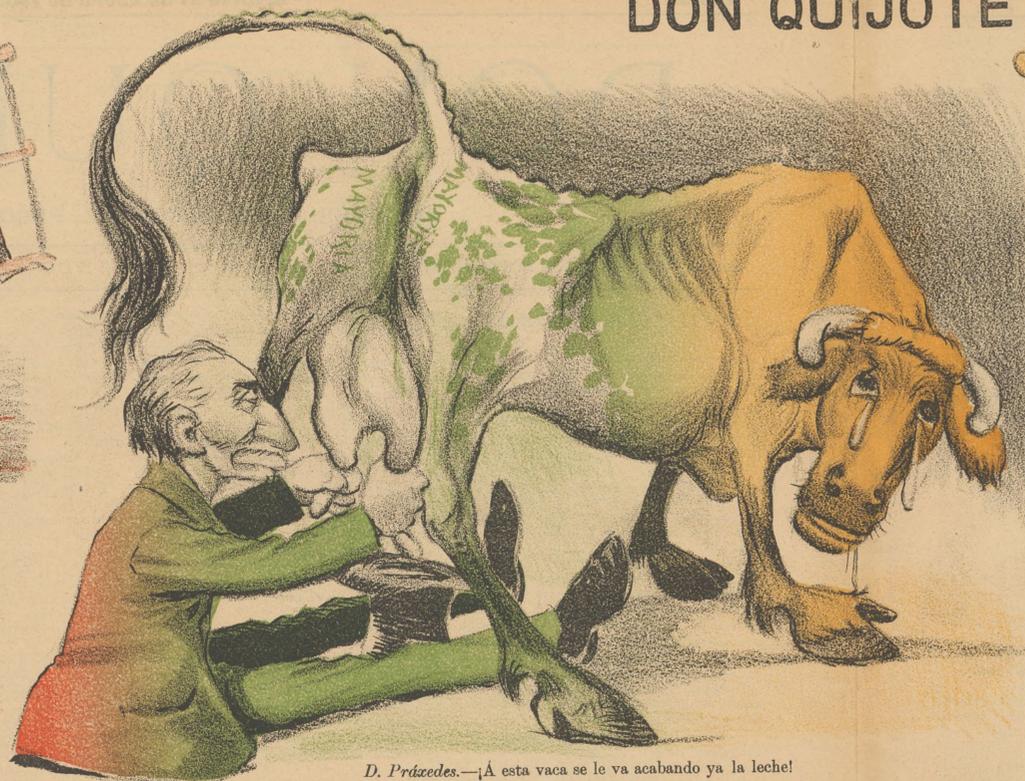
«Señor D. Valeriano: Me llamo Angela de primer nombre, y tengo un *ángel*!... De segundo nombre me llamo Consuelo y estoy dispuesta á consolarle á usted siempre que quiera. Pero es preciso que rompa usted su proyecto de matrimonio. Imagínese usted, hijo mío, que he logrado pescar un segundo teniente, y que se me va de entre las manos con el decreto de usted. Y yo no me quiero quedar para vestir imágenes. Tengo retেমuchísima gracia para acabar de tan mala manera. Crea usted que sería una lástima

DON QUIJOTE

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



Urdíz.—¡Verán ustedes que pronto se arregla este Banco!



D. Práxedes.—¡Á esta vaca se le va acabando ya la leche!



D. Alberto.—¡Verás qué fiestas!
Juan del Pueblo.—¡Verás las que yo te preparo!



Buscando proporciones.

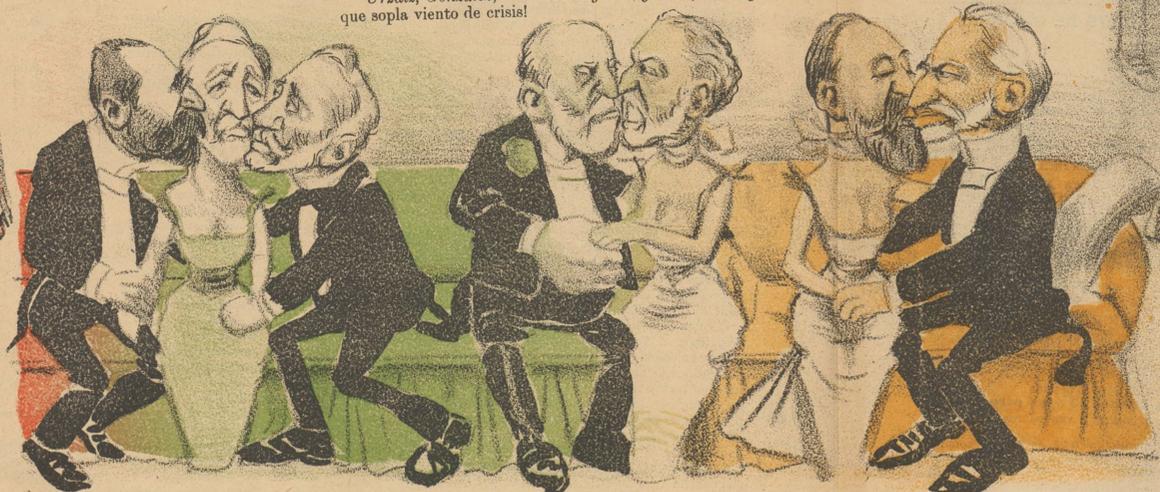
LOS NUESTROS



Vicente Blasco Ibáñez.



Urdíz, González, Villanueva y Veragua.—¡Cielos, parece que sopla viento de crisis!



Las vírgenes locas.



PORTERIA DE LA REPUBLICA

Nadie pase sin hablar á la portera.

que me enterrasen con palma. Estoy dispuesta á sacrificarme por mi segundo teniente. Venga usted y hablaremos. Haré lo que pueda. Consuelo, ¿eh? No se le olvide á usted mi nombre.—Firmado, *Angeles, Consuelo.*»

ROMPED LAS LIRAS!

Por entre la balumba de escarnios é ignominias, que los serviles cánticos por dondequier suscitan, despavorida, atónita, la virgen Poesía clama desalentada:

«¡Vates, romped las lirás!»

¡Romped las lirás, cuando por el temor domina la raza de Juan Diente, cual vara de justicia! ¡Cuando aún en nuestros Códigos no vale ¡oh, Dios! la vida de un hombre, ni los viles escudos de *Molina!*

¡Callar!... ¡que no se escuchen los ayes de las víctimas, en mar de azufre y sangre, y esclavitud hundidas! ¡Callar!... y silenciosos, sufrir con ignominia la intolerancia abajo, la intolerancia arriba.

Hecha está la promesa y es menester cumplirla; cuando muere la patria, ¡maldito quien la olvida! ¡Maldito quien le niega, por tedio ó cobardía, himnos que la amortajen, sangre que la redima!

¡Romper la lira, mientras la libertad expira bajo ese férreo yugo de un dogma que asesina!... ¡Cuando gobierna Claudio! ¡Cuando Seyano priva, y los proscriptos lloran, y triunfa Mesalina!

¡No la rompáis, poetas! templada en odio, en ira, hasta que de ella salga la explosión de las minas; hasta que cada nota hiera como cuchilla, y como peste barra las viejas theogonías.

Si de mi patria en ello consistiera la dicha, gozoso y resignado rompiera yo la mía; mas en tanto que triste consuelos ¡ay! me pida, la romperé... ¡en tu frente tiranía!

M. CURROS ENRIQUEZ

ANÉCDOTAS POLITICAS

(Arregladas libremente.)

Capdepón, que como saben ustedes ha sido ministro de Gracia y Justicia, se dedica con ardor al estudio de las estadísticas judiciales. Ayer, hablando con Gullón, le decía:

—He observado que todas las mujeres acusadas de adulterio son casadas.

¡Gran sesión en el Ayuntamiento! Los señores ediles discuten acaloradamente el programa de los festejos de Mayo (que no sé por qué me da el corazón que no se van á celebrar). Un concejal hace uso de la palabra y dice:

—Por mi parte no voto por cabalgatas, ni conciertos, ni exposiciones; pero si se trata de toros, soy uno.

El conde de Toreno, gastrónomo si los hay, entra á comer en un *restaurant*.

—¡Mozo!

—¿Qué va á ser, señorito?

—Una chuleta. Pero oye, tráela grande, porque soy miope.

Examen de Historia.

—Diga usted, ¿quién dió muerte á Cesar?

—Silvela.

—¿Cómo? Silvela.

—O Bruto, es igual. ¡Son tan parecidos en el nombre!

El conde de Romanones, que como saben ustedes tiene una lengua de hacha, presume de ser enemigo de la maledicencia.

—Ya ven ustedes—dice en un corro de amigos—, soy tan refractario á la murmuración, que no entro en los jardines por no oír el murmurio de las fuentes.

Rances, (aparte).—¿Qué chistesito! ¡Oh poder de las malas compañías! ¡Cómo se conoce que este hombre se roza con Celso Lucio!

OCURRENCIAS

Para llegar á tribuno basta ser un *sacamueltas*, ó tener mucho dinero, ó tener... una condesa.

Hoy la carrera política se aprende en muy pocas horas: no consiste en gobernar bien ó mal, que eso no importa; es como un juego de *banca* ó *timba*, y su ciencia toda consiste en apuntar bien, y sobre todo á la sota.

Entre todas las herencias la más absurda es un trono: lo que pertenece á un pueblo no es propiedad de uno solo.

La Biblia no está compuesta por tontos, simples ó locos, sino al contrario: se ha escrito para los simples y tontos.

Mientras haya gloria al arte, mujer, oro, plata y... cobre, habrá ambición, odio, envidia y luchas entre los hombres.

¿Por dónde comienza el crimen? ¿por el hambreiento ó por el prócer? Solamente sé que el código no le escribieron los pobres.

Dios empieza en el amor y el diablo en el matrimonio: ó Dios es un tentador y el diablo un enredador... ó los dos son el demonio.

¡OLÉ LOS HOMBRES!

El Sr. Urzáiz se ha sentido una vez macho en su vida y ha entrado en el Banco con ánimos y potencia de forzador.—¡Olé los hombres!

Ya era tiempo que hubiese en Hacienda un ministro con redaños. El Banco goza de toda suerte de privilegios en daño del Tesoro, y es preciso que se le corten los vuelos y se le haga entender que es sólo un servidor del Estado.

En estos tiempos de feminismo, en que los hombres parecen mujeres y las mujeres parecen hombres, es digno de aplauso todo rasgo de virilidad.

Debemos, pues, aplaudir á Urzáiz que, al intentar mermar los privilegios del Banco, limitando su circulación fiduciaria, ha demostrado que es un hombre «con todas las de la ley», como diría un personaje de López Silva.

¡Aprenda usted de él, Sr. Villaverde! ¡Eso es ser ministro de Hacienda y no ministro del Banco, como lo fué su señoría!

LEYES Suntuarias

El cardenal gobernador de Roma había cumplido los ochenta años. Eran, pues, inútiles todos los recursos de las damas romanas por derogar las últimas inexorables ordenanzas poniendo cotó al lujo bajo penas severas. Del Pontífice tampoco podían esperar favor, porque sólo se preocupaba, anciano también y achacoso, de ganarse á punto de austeridad unas páginas en el año cristiano. Del resto de los cardenales que componían el Sacro Colegio, podían contar con muy pocos; los más jóvenes y de aristocrático linaje se exhibían remilgadamente de entender en asuntos femeniles. Las libreas de sus pajes, lindos ganimesdes, eran costosas y de refinado gusto; pero respecto á las demás, que entendían ellos?

En los salones de Roma, todo era conspiraciones femeninas. La vida se hacía insostenible para los demás en la corte pontificia. Los maridos mismos, aunque no se veían obligados á pagar frajes ni joyas, protestaban, al fin, porque las esposas, aburridas por la impudencia sencillez de su atavío, buscaban distracciones menos honestas, y la que no podía ostentar dos trajes en un día ostentaba tres amantes, único lujo que no podían atajar las ordenanzas reverendísimas del cardenal gobernador.

La condesa Cesarina de Rinaldi fue amenazada de destierro por dirigir una conspiración, decidida nada menos que á secuestrar á los cardenales más recalcitrantes; y para conseguirlo, tenían ya comprados (pobre condesa, que fatigada apareció por aquellos días) á todos los oficiales de la guardia pontificia. Pero el cardenal gobernador era hombre duro; así decían las damas romanas que á su edad toda la dureza se le había fijado en el corazón, y no cejaba en la persecución del lujo. Hasta de las ropas inferiores se informaba, y una policía especial examinaba diariamente la ropa que las lavanderas lavaban en el Tiber, con orden

de apoderarse y de destruir toda prenda de tela demasiado fina, de escote demasiado abierto ó guarnición de encajes ó bordados. En un día despojaron á las lavanderas, los encargados de tan minuciosa pesquisa, de unas doscientas camisas que hallaron en escandalosa contra vención.

La condesa Rinaldi estuvo á punto de proclamar una nueva República romana aquel día, como nueva *Riensi*. Semejante situación no podía continuar. Había que atreverse á todo y dar una batalla decisiva con las escasas fuerzas que podían aprovechar.

El cardenal Borghese, hombre de unos cincuenta años, pero con energías para votar en cinco conclaves, porque nadie le había conocido más que una sola sobrina, era de los pocos partidarios de las damas y el único que se atrevía á combatir al gobernador. La condesa se decidió á tener una entrevista particular con él. El cardenal la recibió muy complacido; era hombre modesto y no aspiraba á tener un día señalado en el calendario. La condesa le mostró con la más viva elocuencia, la ridícula tiranía de que eran víctimas... ¡Llegar al punto de quitarles la ropa blanca! Había dama que no había podido mudarse de camisa en toda la semana... ¿Era posible? El cardenal no pudo creerlo.

—¡Oh, sí, cierto, cierto eminencia!—repetía la condesa, apoyando su afirmación con calurosos argumentos.

Al día siguiente, por todos los salones de Roma corrió la noticia de que si bien el cardenal gobernador, por no contradecirse de modo tan violento, no derogaba las últimas ordenanzas, había dictado órdenes particulares para que se hiciera la vista gorda en cuanto al lujo de las damas se refería... Todas felicitaban á la condesa Rinaldi y las más íntimas amigas suyas pasaban á su tocador y reían á carcajadas al ver allí una camisa de cáñamo, sucia, sucia como de un carbonero; pero que todas consideraban como prenda de redención.

¡Pobre condesa, siempre dispuesta á sacrificarse por el bien general!

JACINTO BENAVENTE

EL CULTO DE LA FUERZA

...Es uno de esos días que duelen, uno de esos días que pesan y no se ve la luz de la esperanza por ningún lado del horizonte.

He llegado del tren, he dejado el equipaje en la fonda, he salido con intención de buscar la comida y me encuentro sin ánimos para la lucha. ¡Ir á buscar negocios ahora! ¡Qué asco, Dios mío!...

...La población circula bajo la claridad de una mañana espléndida. Repiquetean las campanas de todas las iglesias; viene á lo largo de la calle la tropa con su estruendoso paso doble de metal; pasan mujeres hermosas con la canción sedosa de sus faldas y la inefable sonata de sus risas...

Sin embargo, no se ve la luz de la esperanza por ningún lado del horizonte...

De un sitio para otro, torciendo el encuentro de uno de esos amigos imbéciles, malas personas que toman café con uno, se adaptan á las mismas ideas, ponderan nuestros méritos—aunque no los tengamos—y luego hacen coro y celebran las calumnias que nos dirigen nuestros enemigos; torciendo el encuentro de uno de esos canallas que venía por mi acera, voy á parar impensadamente á una calle de actividad trabajadora. Cruzan carros de carga, suenan estruendosos quejidos de hierro que chocha y de vapor que lucha, y salen de algunos almacenes hombres y mujeres cargados como bestias... Un muchacho hambriento, con las muletas que sostienen su armazón de huesos dislocados, mira con ojos tristes y quietud de vaca, en medio de la calle, aquel ir y venir de la vida, de una vida de fuerza que parece encantarle como un delicioso cuento de cosas muy bonitas y muy lejanas...

De repente, al salir de uno de los almacenes, atiborrado de mercancías para los vapores, una pobre mujer se tambalea, se quiebra con el enorme peso de la cabeza, y cae medio aplastada en el arroyo. Un quejido de rata llega hasta mis oídos, y cuando me acerco al grupo de hombres y mujeres que en seguida la rodearon, veo un charquito de sangre por el hueco que dejan otras dos mujeres caritativas... Se le han hundido á la desdichada sus ojos verdes, los ojos tristes de pobre trabajadora; echa un aliento quejoso, da boqueadas de moribunda, se alza y baja la tapa huesosa de su pecho sin carne y sus bracitos tienen la torcedura y el bamboleo de los cadáveres.

Reventada como una mula de carro, ha caído la pobre muchachita en el esfuerzo injusto de ganar un pan miserable con una debilidad de tísica. Todos los hombres que trabajaban por aquellos contornos se han acercado á la piltrafa de ojitos verdes y de carnicitas pálidas... Todos han prorrumpido en exclamaciones fieras y algunos han echado un odio relampagueante.

—Ha muerto, como no mueren ya las bestias...—dijo un hombre.

Pero la llevaban al hospital. Y entonces, por entre la multitud, que seguía comentando el su-

ceso, llegaba otra mujer con una enorme carga á la cabeza, cimbreando las caderas por el esfuerzo, apesunando el suelo, descoyuntándose el talle en un balanceo de atleta, que sacudía el robusto pecho contra los lados. Todos los hombres rugieron embravecidos y clamorearon aquella robusta esplendidez, que les echaba no sé qué nueva vida en los ojos. Todos dieron la vuelta al cortejo triste de la escalera que llevaba hacia el hospital las carnicitas pálidas de la reventada...

R. SÁNCHEZ DÍAZ

CANTARES POLÍTICOS

La revolución abajo, la revolución arriba... ¡No hay orador como Maura que diga tantas mentiras!

En el carro de los muertos ha pasado por aquí, llevaba el tupé colgando, ¡por eso le conocí!

Una casita en el campo, en el campo una heredada, y no encontrarse á Teverga, ¡Jesús, qué felicidad!

A tu puerta planté un pino, un pino planté á tu puerta, se transformó en alcornoque; ¡no será el propio Silvela!

Por la calle arriba, por la calle abajo, ¡cómo paseaba anoche Aguilera su barba de cuáquero!

En un cementerio entré y dije al sepulturero: ¡Quiere usted decirle á Urzáiz que se vaya del Gobierno?

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

¿Queréis celebrar prácticamente las fiestas de Mayo? Pues aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13.*

Artículo primero de la Constitución: Todo español de buen gusto queda obligado á comprar muebles en el gran establecimiento de *A. Vallejo, Alcalá, 17.*

Todos los médicos lo aconsejan: Para tener el estómago fuerte no hay como beber en las comidas el exquisito *Vino Balyaón*. De venta en la calle del *Caballero de Gracia, 56, Bodega del Jalón.*

¿Dónde se venden los mejores relojes del mundo? ¡Pues, ni que decir tiene! En la grande, en la admirable relojería de *D. Luis Uled, Hortaleza, 58.*

Son tan artísticos los retratos al platino que hace el gran litógrafo *Jiménez, Cruz, 19*, que debieran figurar, como modelo, en nuestro Museo del Prado.

¡Poetas! ¡Sabéis cuál es la musa moderna? No es el amor, no es el progreso, no es la mujer... ¡Es el *Anís del Mono!*

LA INGLESA

Visiten ustedes, ¡oh jóvenes incautos! el establecimiento *La Inglesa, Montera, 35 (Pasaje del Comercio)*, y allí hallarán todos los preservativos higiénicos «en moda» y la *mar* de libros festivos dignos de leerse.

La Cosmopolite.

No hay competencia posible con este papel de fumar de puro hilo. Es el más higiénico de todos. Pedirlo en los estancos. Precio: 10, 15 y 20 céntimos. *Depósito, Farmacia, 3, principal.—Francisco Igual, Madrid.*

VINOS DE RIOJA

Tinto fino..... 0,50 botella.
Clarete superior..... 0,60 »
Rioja Medoc..... 0,75 »

En botellas con malla precintada.
SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.
Sucursales, Fuencarral, 102, y Preciados, 7.
VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.